

La sociedad, considerada bajo el punto de vista católico, ni es un ser abstracto, ni un ser concreto, dotado de libertad y de inteligencia. Lo que el espacio es en lo físico, eso mismo es la sociedad en lo moral: es el lugar en que fué puesto el hombre, en cuanto es inteligente y libre; es la atmósfera propia de la libertad y de la inteligencia humana.

En su profunda ignorancia de todas las cosas, las escuelas racionalistas han convertido á la sociedad y al hombre en dos abstracciones absurdas. Considerándolos separados entre sí, no han hecho otra cosa sino dejar al hombre sin atmósfera en que respirar, y sin espacio en que dilatarse; y al espacio y á la atmósfera propia de la humanidad sin la humanidad que en ellos respira y se dilata:

lo cual viene á ser lo mismo que considerar el espacio material sin las sustancias corpóreas que le llenan; y á las sustancias corpóreas fuera de los espacios que las contienen. Y como el absurdo que va delante, llama con grande é imperioso clamor al que viene detras, y este al que le sigue, del absurdo que consiste en considerar separadamente al hombre y al espacio en que se mueve, los racionalistas han ido á dar en otro mayor, que consiste en crearse el hombre á sí mismo su propio espacio, sin la ayuda de un espacio preexistente: lo cual es tanto como suponer que el hombre primitivo, sin estar en parte ninguna, procedió á la creacion de un lugar que le fuera propio para estar en alguna parte. El hombre, en este sistema, es á manera de un conquistador, que no estiende, sino que crea sus propias conquistas.

En el mismo error cayeron los que no alcanzaron á ver en el lenguaje sino una invencion humana. El lenguaje no es una cosa distinta separada y del pensamiento: es el pensamiento mismo, considerado en su forma esencial é invariable: y así como un ser, considerado en su existencia individual y concreta, no puede separarse nunca de la forma que le circunscribe, por la misma razon el pensamiento del hombre no puede ser considerado como existiendo individual y concretamente, sino limitado y circunscrito por la palabra. El hombre ocupado en crear el lenguaje, es tan absurdo como el que se ocupa en inventar la sociedad; como quiera que el primero es una sustancia que busca su forma, y el último una existencia que busca su espacio. Por cualquier lado que se le mire, el racionalismo va á dar en un círculo vicioso: á la creacion del hombre por el hombre.

La cuestion entre el catolicismo y el racionalismo está circunscrita, y viene planteada en los términos siguientes: «Averiguar qué cosa es más razonable; si creer que hay un Ser que existe de suyo, y en quien tienen origen todas las cosas creadas; ó creer en un ser que ni existe de suyo, ni es creado por nadie, sino que se crea á sí mismo.

Muchos son los filósofos que se han ocupado en formular la definicion del hombre: entre ellos, el que menos se aparta de la ver-

dad, es M. de Bonald, cuando dice de él, tomando los elementos de su definicion de San Agustin, que es «una inteligencia servida por órganos.» El error de M. de Bonald no está en los elementos que tomó á San Agustin; está en haber pensado que estos elementos bastaban para componer la definicion apetecida. Esa definicion es, por un lado, equívoca; y, por otro, incompleta.

Es equívoca, porque por ella se da á entender (lo que es falso) que entre el cuerpo y el alma no hay otro vínculo de union sino el del servicio; siendo así que, segun el dogma católico, el hombre no es otra cosa sino el alma y el cuerpo juntos en uno. El dogma de la Resurreccion descansa cabalmente en esa perfectísima unidad, que supone una responsabilidad comun en los dos elementos constitutivos del hombre; responsabilidad que no puede concebirse ni puede existir si el uno está condenado perpétuamente al servicio, y el otro ejerce perpétuamente el imperio. ¿Cómo se compone la responsabilidad comun entre aquel que tiene por único oficio servir, y aquel cuyo oficio consiste en mandar con un imperio absoluto? La responsabilidad no escluye la subordinacion gerárquica; escluye, empero, la servidumbre.

Es incompleta, porque lo es toda definicion del hombre, de la cual no resulte claramente que es una inteligencia unida á un cuerpo, puesta en perpétua comunion con otras inteligencias por medio de la palabra.

La prueba de que la sociedad y el lenguaje son cosas que van supuestas en el hombre, y que son partes constituyentes de su naturaleza, está en que ni la una ni la otra han sido nombradas distintamente por Dios. Dios no habla del lenguaje ni de la sociedad, cabalmente porque habla del hombre, en el cual está esencialmente contenida la sociedad y sobreentendido el lenguaje.

Una de las cosas que más poderosamente han llamado, en las Sagradas Escrituras, la atencion de los hombres, es que, en el acto de las creaciones sucesivas, Dios habla siempre en singular, salvo cuando cria al hombre, que deja el singular por el plural, diciendo de esta manera: HAGAMOS AL HOMBRE Á NUESTRA IMÁGEN Y SEMEJANZA. El comun sentir de los doctores es que con esto quiso Dios significar

la especial y altísima manera en que concurrieron para la creación del hombre las tres personas divinas. Siendo esto así sin duda ninguna, no nos parece sin embargo que hay temeridad en afirmar que, en ese cambio súbito del singular por el plural, hay además un misterio más hondo. En esas palabras, anchamente comprensivas y misteriosamente profundas, se afirma al mismo tiempo la variedad de las personas divinas, y la unidad de su esencia. La variedad se afirma por estas palabras: HAGAMOS AL HOMBRE: la unidad de esencia por estas otras: Á NUESTRA IMÁGEN Y SEMEJANZA; las cuales suponen una identidad esencial en la variedad de las personas. Esas dos afirmaciones llevan consigo otra que las comprende á ambas: la afirmación de la sociedad divina, la cual resulta necesariamente de la variedad personal y de la unidad de esencia. Esto supuesto, el significado de estas palabras parece ser el siguiente: «Hagamos al hombre á un tiempo mismo individuo y sociedad; plural y singular; muchos y uno: que la unidad esté en su naturaleza, y la variedad en las personas.» Y así como las afirmaciones relativas á Dios llevaron consigo la afirmación de Dios y de la sociedad divina, de la misma manera estas afirmaciones se resuelven en la afirmación del hombre y de la sociedad humana. Si consideramos, por otra parte, que Dios no afirmó todas estas cosas sino hablando consigo mismo todas sus afirmaciones, resultará de aquí que, al afirmar del hombre que era criado á imagen y semejanza suya, lo que Dios quiso significar fué que el hombre hablaría desde el principio, y estaría en sociedad desde el principio: como quiera que, sin hablar y sin estar en sociedad, el hombre no pudo ser imagen y semejanza de Dios; y era necesario que fuera desde el principio su imagen y semejanza.

Ahora se entenderá por qué causa Dios no habla nunca separadamente ni de la sociedad ni del lenguaje; y de qué manera se afirman simultáneamente esas cosas, siempre que se habla del hombre.

De lo dicho se infiere, no solamente que la sociedad y el lenguaje son anteriores á toda invención humana, sino también á toda revelación divina. El lenguaje y la sociedad no son asunto de inven-

ción ni de revelación, sino de creación: siendo atributos esenciales de la naturaleza del hombre, fueron creados cuando su naturaleza fué creada. Ni cabe siquiera imaginar que el hombre saliera de las manos de Dios sin estar adornado de todos sus atributos esenciales.

Por esta razón, cuando Dios crió al hombre, lo crió varón y hembra, es decir, variedad y unidad, sociedad é individuo; y habiéndole, le dijo: CRECED Y MULTIPLICAOS; que fué tanto como decir: «Conservad por la generación lo que hice por la creación: conservad por la una lo que habeis recibido de la otra: sed individuo y sociedad perpétuamente.» Por donde se ve que, en el instante mismo en que el hombre sale de la nada, le vemos escuchando y entendiendo la plática divina: lo cual supone en él el don de la palabra, y en sociedad con Dios, y en sociedad con el hombre. Poco después, Dios instituye la familia; y el hombre pone á todos los animales sus nombres propios: lo cual no significa que hubo intervalo entre la creación del hombre y la creación del lenguaje y de la sociedad, que son sus atributos necesarios, sino solamente que, así la sociedad como el lenguaje caen bajo la jurisdicción del tiempo, por lo relativo á sus formas especiales y concretas.

Mis lectores no llevarán á mal que pase por alto aquella en otro tiempo famosa teoría, según la cual la sociedad es el resultado de un contrato ajustado en presencia de Dios y en medio de las selvas por salvajes sapientísimos en las cosas divinas y en las humanas, fundadores de todas las instituciones religiosas, políticas y sociales; y aquella otra, según la cual esos mismos salvajes andaban pensativos por los bosques para ver de qué manera habían de traducir en una palabra una contorsión, y en una frase un gesto. Solo á un filósofo le es dado ser más ridículo y absurdo que aquellos salvajes. Todos estos sistemas insostenibles por cualquier lado que se les considere, ya se les sujete al criterio de la razón, ahora se les ajuste al cómputo de la cronología, ahora se les mire bajo el punto de vista de las evoluciones de la historia, han caído ya en el descrédito de las gentes con el siglo XVIII, famoso por la muchedumbre de sus sofistas y por la grandeza de sus errores. Más que la malicia admiro

el candor de los que, en su inofensiva ignorancia, ni sospecharon siquiera la falta de proporcion que hay entre sus soluciones pueriles y la austera y divina majestad de estos problemas misteriosos. Lo que causa al mismo tiempo asombro y terror, es ver que tales sistemas han podido no solo vivir, sino tambien propagarse en esta sociedad europea, amamantada á los pechos del cristianismo, y depositaria á un mismo tiempo de las tradiciones biblicas y de las soluciones católicas: lo que causa asombro y terror, es ver que la voz de los sofistas ha resonado mas alto por un tiempo que la voz de la Iglesia, y que, aun hoy dia es, y la Europa, desechando todas esas premisas, mantiene en pié sus consecuencias, que son como los fundamentos en que descansa el vasto edificio de sus instituciones.

Hemos dicho que el catolicismo no habla nunca de la sociedad en general, ni del lenguaje, porque los considera como hechos preexistentes; y para demostrarlo, recordamos el primer mandamiento del Señor, cuando, dirigiéndose al hombre que acababa de formar del barro de la tierra, le dijo: *Creced y multiplicaos*: con lo cual dió el Señor por sentados dos supuestos; conviene á saber: que el hombre nació enriquecido con el don de la palabra, como quiera que entender la palabra ajena viene á ser tanto como hablársela á sí mismo, haciéndosela suya; y que el hombre era, por un lado, un individuo, y por otro, una sociedad; sin lo cual, ni hubiera podido crecer, ni hubiera podido multiplicarse. Demuéstrase esto además por aquello mismo que no parece sino que lo contradice; es decir: por una parte, con la institucion de la familia; y por otra, con la revista que pasó Adán, como rey de la creacion, á todos los animales, en la cual, hablándoles, les puso sus nombres. La institucion de la familia, sociedad especial, supone la existencia anterior de la sociedad humana; y la plática de Adán, al entrar en posesion de sus dominios, supone que habia recibido ya el don del lenguaje. Y como antes de estos dos actos solemnes no habia habido ninguno sino el solemnísimo de la creacion, se saca por consecuencia forzosa que el hombre, el lenguaje y la sociedad fueron el resultado de una creacion simultánea.

De aquí se infiere que los que proponen la cuestion que consiste en averiguar cuál es el origen de la sociedad y del lenguaje, la plantean absurdamente, resolviéndola ya de mala manera en el acto mismo de plantearla. De este primer extravío han resultado otros mayores y de altísima trascendencia: porque, caminando en la suposicion de que las sociedades se rigen por las mismas leyes que las invenciones humanas, han concluido de aquí, que despues de haber sido bosquejadas groseramente por los primeros hombres, van creciendo en belleza y perfeccion con el trascurso de los años. Segun esta ley, que llaman de *perfectibilidad* y de *progreso*, los hombres han comenzado por vivir vida áspera y salvaje; han vivido luego vida trabajada y cazadora; despues vida errante y pastoril; más adelante vida asentada y quieta, hasta llegar al estado y punto en que hoy los vemos, el cual irá pulimentándose y perfeccionándose hasta realizar en este bajo suelo el bello ideal de una perfeccion absoluta.

Aquí tienen su origen todas esas aspiraciones voraces é insensatas de los hombres turbulentos, y todas esas deslumbradoras utopias que ensordecen al mundo como címbalos huecos y resonantes. La escuela liberal, compuesta de trabajadores flojos, ha tomado para sí, en la obra comun, el encargo de pulimentar los gobiernos. Las escuelas socialistas, compuestas de obreros intrépidos é infatigables, sabiendo que el reino de Dios padece fuerza, han resuelto hacer irrupcion en él, tomándolo por asalto. Cuando ese gran dia se levante, todo se transfigurará en la tierra, y en el cielo, y en los infiernos; el Dios católico, que en esta gran tragedia del mundo representa el papel del tirano, será reducido á prisiones: el antiguo dragon, aherrojado hoy con cadenas, subirá á lo alto, iluminando los nuevos horizontes con los resplandores y cambiantes de sus sonoras escamas: el primero es el mal, vencedor del bien en los tiempos paradisáicos; el segundo es el bien, que prevalecerá sobre el mal en las edades socialistas. Por lo que hace á la tierra, será transfigurada en aquella nueva Jerusalem, de que han tenido una vaga noticia todas las gentes, cuyos muros espléndidos estarán asentados en piedras preciosas.

Después de haber visto cómo los socialistas declaman acerca de lo pasado y de lo futuro, no será fuera del caso dar una muestra aquí de cómo Moisés nos revela lo futuro, refiriéndonos sencillamente lo pasado: *Adam vero cognovit uxorem suam Evam, que concepit et peperit Caïn, dicens: Possedi hominem per Deum. Rursumque peperit fratrem ejus Abel. Fuit autem Abel pastor ovium, et Caïn agricola.* (Génesis, cap. iv, v. 1, 2.) De donde se infiere claramente que todas aquellas maneras de vivir que nuestros filósofos conciben como el resultado de invenciones sucesivas, coexisten en el tiempo, como coexistieron en la creación, que, siendo una, es completa y simultánea.

De lo dicho se infiere que entre la escuela católica y las racionalistas hay una contradicción absoluta. La primera supone que, cuando se afirma el hombre, se afirma á un tiempo mismo la sociedad y el lenguaje: las segundas, que cada una de estas cosas es objeto de una afirmación diferente. La primera supone que el hombre criado por Dios, fué criado digno de Dios: las segundas sostienen que el hombre nace imperfecto, es decir, indigno de Dios; y que siendo indigno de Dios é imperfecto, se diviniza y se perfecciona á sí propio. La escuela católica, al afirmar que no hay más que una creación, y que esa fué perfectísima, asegura que el hombre fué hecho viril, sapientísimo y santo; perfectísimo el lenguaje, y la sociedad civilizada y perfecta: las escuelas racionalistas, al afirmar que hay una serie infinita de creaciones, y que de esas las más perfectas son las últimas, aseguran que el hombre criado por Dios, lo fué de mala manera; que fué hecho torpe y flaco: y en cuanto al lenguaje y á la sociedad, que son cosas fuera de toda proporción con el alcance divino y con la divina potencia, de suyo rudimentaria.

Como se ve, todo el artificio inventor de las escuelas racionalistas se resuelve en poner una negación al lado de cada una de las afirmaciones católicas, y en contradecir perpétuamente las creencias universales del género humano. Dios ha afirmado de sí, que Él es Dios, y que Dios es la perfección infinita: el racionalismo le niega la sustancia y los atributos, y afirma que Dios, ni es Dios, ni es

perfecto. Dios ha afirmado del hombre que es hombre; y el racionalismo afirma que es Dios, y va contando una por una sus creaciones maravillosas. El género humano, por su parte, ha creído con robustísima fe que la criatura es menos que su Criador: y el socialismo le contradice, afirmando que el Criador es menos que su criatura. Vanamente se les responde que todos esos son términos contradictorios; porque luego al punto replican, que no hay verdad donde no hay contradicción en los términos.

El racionalismo es una demencia monomaniaca: los que adolecen de esta tremenda enfermedad, han dado en llamarse racionalistas, á la manera de aquellos desventurados que, viéndose en los palacios que la caridad católica levantó para ellos con el nombre de hospitales, dan en llamarse *emperadores*. Los unos se llaman creadores, porque están en la creación; como se llaman emperadores los otros, porque están en un palacio. La semejanza que tienen entre sí, llega á resolverse en identidad, si se considera que todos convienen en dar por cosa asentada la soberanía de la razón que han perdido. Ningun loco ha reconocido jamás el imperio de las verdades matemáticas y metafísicas: á ninguno se le ha visto retroceder en el intento de conciliar cosas contradictorias. Yo no sé si mis lectores habrán observado que todos los locos son racionalistas: esta observación es tan cierta, que, en el momento mismo que comienzan á dudar de lo que dicen y á sospechar la falibilidad de su razón; es decir, desde que comienzan á dejar de ser racionalistas, ya pueden salir del hospital, porque están convalecientes ó sanos.

¡Cosa singular y verdaderamente admirable! No hay género de locura que no se resuelva en una rebeldía; ni rebeldía que, exaltada, no se resuelva en locura: y al revés; el hombre más razonable es el más humilde: solo él tiene el incomunicable y santo privilegio de pronunciar esta palabra: *creo*; y estas otras: *me equivoco*, las cuales no estuvieron jamás en los labios de ningún loco ni de ningún espíritu rebelde. ¿Qué es esto? ¿Qué misterio hay aquí? ¿Cómo puede concebirse, en materia de razón, que no hay ninguno que la tenga sin que la humille, y ninguno que la pierda sin que la levante? ¿Y qué capricho inconcebible es ese de la razón,

que coquetea con los hombres hasta el punto de rendirse ante los que la desprecian y la humillan , y de volver la espalda á los que la adoran? Si yo no viera á Dios en todos los fenómenos de la creacion, todavía le alcanzaría á ver en el fenómeno de la locura.

8.

ERROR FUNDAMENTAL DE LA TEORÍA DE LA PERFECTIBILIDAD Y DEL PROGRESO.

Me propongo demostrar que la sociedad y el hombre son inseparables, y que obedecen á ciertas leyes generales, reveladas por Dios desde el principio de los tiempos.

Si la creacion del mundo es un acto único y simplicísimo, considerado en Dios, y una obra completa y perfectísima, considerada en el hombre, se sigue de aquí necesariamente que el hombre, desde el punto en que fué, tuvo noticia cierta del fin para que habia sido criado, del camino por donde habia de alcanzar aquel fin, y de las leyes inmutables á que habia de vivir sujeto durante su breve peregrinacion y su escabroso camino. — Y porque el hombre fué estas dos cosas á la vez, individuo y sociedad; por eso tuvo noticia, á un mismo tiempo, de las leyes por las que habian de gobernarse